

LOS EMIGRADOS: VIAJE Y MIRADA DE MUJER

Ida Valencia Ortiz
Universidad del Valle. Escuela de Estudios Literarios, Colombia

La novela *Los emigrados* de Evanjelista Correa del Rincón Soler, publicada en Bogotá por la Imprenta de Medardo Rivas (1869), cuenta la emigración de jóvenes hombres y mujeres hacia los llanos del Casanare, quienes huyendo de las tropas españolas, buscan hacer su hogar en terrenos periféricos del país, conquistando las tierras donde aun el estado no tenía poder. En estos nuevos terrenos se enfrentan con tribus indígenas “no civilizadas”, con la naturaleza, con la selva. Los hechos están ligados directamente con los procesos independentistas de la Campaña de Casanare, comandados por Santander y Bolívar, así como con la problemática social en torno a la educación y las formas de vida, de trabajo.

Es una novela conformada por trece capítulos. En ellos la narración está marcada por tres momentos: un A en el que se narran los hechos históricos, uno B en el que se reflexiona acerca de las situaciones narradas y uno C en el que la narradora propone una opción en torno a lo planteado en los dos momentos anteriores. Es en este punto C en donde se hallan las grandes propuestas de cambio para la educación colonial imperante en el siglo XIX colombiano, que promulgaba la separación entre los sexos, y la definición de mujer y hombre como dos entes encasillados, determinados por las instituciones y las normas, lo cual implicaba un comportamiento donde quien estaba en el espacio público “libre” subyugaba a quien estaba en el espacio privado cas(z)ada.

La obra tiene un prólogo y una *Advertencia* que nos presenta los hechos históricos como una “historia verdadera”, ficcionalizada y vuelta leyenda a través del recuerdo de Eva, nieta de Angélica, la viajera protagonista de la historia.

En la *Advertencia* escrita como carta de presentación a *Los emigrados*, la autora explicita su intención de vender la novela para conseguir dinero *honradamente*, con el cual sustentar a su familia; ya que por ser esposa de un soldado le ha sido negada la pensión heredada por este al morir, y que durante las luchas independentistas le habían adjudicado, como parte del *contrato*. No pretende reconocimiento literario ni social. La autora lo aclara. Sin embargo, ella sabe, por

las relaciones que tuvo en la ciudad, que sólo la comprarían si la considerasen interesante y con calidad literaria. La novela logra estas dos condiciones cuando encara el problema de la representación desde una propuesta crítica frente a “la realidad”: develando hechos vedados por la historia oficial, de la mano con el viaje que realiza Angélica.

Ello nos deja conocer que la guerra, la opresión familiar y religiosa, la traición política, la sumisión, tienen consecuencias devastadoras sobre la vida íntima de las personas y las familias, que afectan las generaciones posteriores con mayor contundencia que el dolor heroico de los protagonistas directos de la guerra.

En estas dinámicas de dramas íntimos, la autora enaltece la labor de la mujer como parte activa de estos procesos independentistas, y la importancia que implica el que ella se relacione armónicamente con otras voces que no “sustentan el mando” en un régimen militar.

Angélica es una mujer que toma sus propias decisiones más allá de los cautiverios instaurados por la sociedad. Ella vive, viaja, propone, hace, sustenta, crea, cría, educa, transforma, conserva, transgrede y continúa viva; actitud importante en su contexto, teniendo en cuenta las protagonistas de novelas contemporáneas como María, Manuela y Dolores que mueren inmersas en una sociedad dominada por los hombres. Sin embargo, es de resaltar que entre ellas Dolores pervive gracias a su escritura, aunque muera, aunque su historia sea dada a conocer por un hombre. En *Los emigrados* —conocida bibliográficamente como leyenda histórica— la situación es diferente, pues la historia nos llega por tradición oral femenina y por escritura de mujer. En ella nos encontramos con Angélica, una mujer que se transforma en su viaje por el Casanare usando las herramientas que están a su alcance, descubriéndolas, saliéndose del forzoso régimen Colonial de su entorno y sobreviviendo para perpetuar su estirpe.

En *Los emigrados* encontramos tres perspectivas de lectura muy interesantes: la configuración de la viajera, la mirada de mujer y la construcción de la metáfora viva, que se entrecruzan y se comunican a lo largo de la narración, para darnos cuenta de un mundo referido a la formación de la República de Colombia, permitiéndonos armar la idea de cómo aquellas cotidianidades de una de las familias conformada por esposa, soldado, hijos y aliados más cercanos incide de manera significativa en la conformación de nación. Sobre todo, podemos asistir a la lucha de una mujer por vivir de manera digna en medio de la adversidad, haciéndose una mujer nueva que asume el activismo político, el educativo, así como

la subjetividad, para instaurarse y perdurar más allá de los paradigmas impuestos por la religión, la sociedad y la institución militar.

Veamos entonces la manera en que se entrecruzan estos elementos narrativos en el viaje, como escenario de transformaciones psíquicas, ideológicas, físicas y de género.

Angélica y su experiencia del viaje

Si bien se conocen varias novelas en la literatura colombiana donde la figura del viajero cobra importancia —ya sea este colono o infernal¹ (Martínez, 2000)— para la construcción de una idea de identidad regional y nacional, en el caso de *Los emigrados* Angélica es quien viaja y se adentra en el Casanare. Ella describe el ambiente (paisaje), las costumbres de la época, la relación hombre/mujer desde su mirada de mujer, la cual incluye una propuesta conciliadora en medio de la guerra. Ella es la persona que a través de su viaje halla el conocimiento individual y social; ella es quien sustenta la metáfora de la muerte como una aliada para conseguir sus objetivos: vivir, despojarse de los miedos de niña “civilizada”, construir su hogar, salvar a su esposo y a su descendencia.

Angélica asume la muerte de cautiverios² como la maternidad, la locura, el convento y la opresión matrimonial, exacerbados en la colonia, ya que de permanecer vivos no le hubiesen permitido actuar como lo hizo: en pro de su autonomía. Esta mujer asume sus roles de madre, esposa, republicana y educadora desde una reconsideración de estos, en tanto los ejerce de manera diferente a la establecida, en aras de hacerse mujer fuerte en medio del conflicto, moviéndose

1 Parafraseando al escritor Fabio Martínez se define la figura del viajero colono como aquel que llega a latitudes “no civilizadas” para desplazar a la población nativa de sus tierras y tomar posesión de ellas. La figura del viajero infernal que llega a tierras selváticas buscando asentarse, sin lograrlo, debido al ambiente deletéreo y la supremacía de la naturaleza: animales, plantas, fenómenos que le desestabilizan hasta la locura. Se considera paradisiaco el estado antes del viaje e infernal el estado posterior del mismo.

2 Desde una perspectiva antropológica Marcela Lagarde y de los Ríos en su libro dedicado a los cautiverios de las mujeres define este concepto como “síntesis del hecho cultural que define el estado de las mujeres en el mundo patriarcal. El cautiverio define políticamente a las mujeres, se concreta en la relación específica de las mujeres con el poder y se caracteriza por la privación de la libertad, por la opresión. El cautiverio de las mujeres se expresa en la falta de libertad. Concebida esta última como el protagonismo de los sujetos sociales en la historia, y de los particulares en la sociedad y en la cultura. (Lagarde. *Los cautiverios...* 1990, 2003: 33-34)

en la ambigüedad de ser una revolucionaria y a la vez conservadora de ciertas tradiciones que le acompañan en su condición de blanca entre los indígenas. Es esta oscilación en comportamientos y creencias la que le permite hallar el equilibrio para no volverse loca, asesina, traidora, para no morir.

Detengámonos un poco entonces en el panorama que nos muestra la viajera en su periplo por los Llanos.

El Ambiente y el paisaje que Angélica descubre

Flor María Rodríguez—Arenas (Jaramillo, María Mercedes *et al.*1991) sitúa esta novela como antecesora de *La vorágine*. En la obra de Evanjelista Correa ya se describen las selvas del Casanare y es posible diferenciar, gracias a la narración, dos tipos de paisaje: paradisíaco (ciudad colonial) e infernal (selva del Casanare), ligados íntimamente a la condición humana de quien se interna en ellos, en este caso Angélica.

En primera instancia se nos muestra el ambiente paradisíaco, donde todo acontece dentro de las normas establecidas por la ley colonial: religiosas, conservadoras, patriarcales y opresivas. Este paisaje es llamado paradisíaco por obedecer al orden del ser humano, porque no le representa mayores riesgos. Los espacios en los que encontramos a los personajes son por lo tanto la iglesia, las casas familiares de Angélica y de José, allí tienen lugar los acontecimientos de mayor importancia social: la celebración de la misa, el matrimonio y la vida familiar, que se vive de manera diferente según sus integrantes, la historia sociopolítica de éstos y los roles que en ella se ejerzan. Así mientras en la familia de José es el papá quien sustenta el mando de manera totalitaria y firme, en la familia de Angélica es Josefa, la madre, quien desde la muerte de su esposo, controla todo lo concerniente a la casa y a la vida de sus hijas. La autora presenta al señor M. como el padre que “resolvió educar por sí mismo a su familia” (...) “Padre tierno i entendido, no empleó jamás el rigor sino la persuasión i el cariño, i supo sacar abundantes frutos en pocos años (...)”. En esta familia de mujeres, encontramos a las hijas pasivas, sumisas, amadas, encerradas y dominadas por ordenanza divina y social.

En esta casa crece Angélica, desde niña muestra cierta diferencia con sus hermanas. Ella era la más “inquieta” y siempre quería jugar, distante un poco de las dinámicas de los adultos, concentrada en su mundo festivo. Aquí conoce a José. De allí se va para formar su familia aparte, con claras diferencias de la

familia heredada de su padre, permitiéndose expresar sus sentimientos, sin ser calificada de imprudente o de niña aturdida.

A partir de este suceso, la autora identifica esa tradición preservada por la señora Josefa como una muestra de haber crecido en medio de unos “vicios de educación”, propios de la Colonia que abanderaban la separación de los sexos, el rechazo, así como la desconfianza entre mujeres y hombres. “Un gobierno que reglamentaba todas las acciones de sus súbditos, que seguía en todo una rutina invariable” (Correa,1867:3) donde eran inamovibles los roles de género, los sociales y los sexuales.

En este ambiente se casan Angélica y José, obviamente sin tratarse a fondo. Matrimonio que da lugar al primero de varios desplazamientos hechos por la protagonista, siempre significativos de un movimiento físico (cambio de lugares) y uno comportamental (cambio de actitudes frente a). Angélica se va a vivir a la casa de su suegro, una hacienda en el campo, donde conocemos una nueva faceta de la niña casada, pues a pesar de su corta edad, 13 años empieza a concienciarse³, es responsable, “virtuosa”, que no gusta de los hombres faltos de reflexión, “atolondrados”. Al mismo tiempo la autora empieza a lanzar su propuesta sobre las implicaciones que tiene esta actitud de los hombres en la educación y en el proceso de construcción de familia y nación.

Allí nace Delia. Animada por los aires de libertad, surgidos del movimiento revolucionario de 1810, Angélica adquiere el juicio de una matrona: “no dejó de ser festiva, pero templada su alegría con la sublime moderación que la imprimiera la maternidad, dióle esta un atractivo tan poderoso que se hizo objeto del culto social” (Correa,1867:22). A un año de matrimonio ella ha estrechado los lazos de afecto con su esposo, quien también deseaba el cambio de tradiciones coloniales que les obligaban a preservar la propiedad privada de manera desigual.

Esta situación se evidencia en la vida de los hermanos de José y de él mismo, desde que asume la responsabilidad de trabajar para conservar los bienes familiares mientras sus hermanos los dilapidan. Con el relato de estas cotidianidades la autora aprovecha para hacer su crítica a las formas de vida nobles que sumían a los plebeyos en una desigualdad social, promoviendo un gobierno de explotación capitalista; de allí nace su referencia a Proudhon,⁴ dando cuenta a la

3 Concienciar. Verbo transitivo cuya acepción es: Hacer que alguien sea consciente de algo. Se define también como: Adquirir conciencia de algo. Se conjuga como el verbo Anunciar.

4 Pierre Joseph Proudhon, socialista francés de orientación pequeñoburguesa, teórico del

vez de su conocimiento en áreas económicas y políticas, al tanto del campo intelectual de la época. Desde este episodio se nos empieza a dibujar Angélica como una mujer triunfante.

El joven matrimonio parte hacia el Cocui debido al nombramiento de José como intendente de ese lugar. En esta segunda estación del viaje Angélica adquiere libertad al verse desligada de la presión de las familias. Tras un año vuelven a Cúcuta donde les es imposible permanecer a causa de los ataques de las tropas españolas. Se retiran hacia Santa Rosa de Viterbo dejando en la casa materna a Delia. Nace Cecilio y la joven pareja con el recién nacido parten hacia los llanos de Casanare.

Desde el inicio de la estancia en La Salina, el ambiente ya se presenta adverso, pues consciente de que los españoles andaban devastando ciudades y campos, Angélica siente la incertidumbre de la muerte a manos de ellos, empieza a familiarizarse con ella a través de su imaginación, figurándose posibles muertes para ella, para su esposo y su hijo. En este capítulo cuarto ya se nos hace una descripción detallada del ambiente selvático, el cual empieza a ser paisaje infernal: “abundante y robusta vegetación... todo era agreste”, exótico, bello, con la presencia de animales peligrosos acechando la vida de los humanos. En este lugar la fuerza de hombres y mujeres está minimizada por la de la naturaleza.

En esta primera etapa del viaje, Angélica percibe el paisaje como un “calabozo natural”, que le aleja de sus seres queridos, pero es consciente de la importancia de la situación y no se lamenta cual víctima, sino que asume el reto como parte de la lucha para conseguir la libertad, para vivenciar el paso de la colonia a la República, emigrando hacia los llanos del Casanare. Ella y José asumen su proscrita errancia, fijos en dirimir los males de la patria: esclavitud, despotismo, yugo español que martiriza la familia y la libertad.

Al llegar a Sabanalarga se topan con los primeros peligros: allí se enfrentan con un tigre y Angélica se despoja de la cobardía, adquiere la fortaleza que le da el campo, pues aunque está “protegida” por hombres y por “la providencia”, se enfrenta con sus temores personales de niña ciudadina, los cuales supera tras desmayos y aturdimientos. Ya se empieza a percibir la transformación más profunda

anarquismo. En el libro *¿Qué es la propiedad?* (1840), afirmaba que “la propiedad es el robo”. Sin embargo, Proudhon, en esencia, únicamente sometió a dura crítica la gran propiedad capitalista. Defendía la pequeña propiedad vinculada al trabajo, y consideraba que el fortalecimiento de este tipo de propiedad constituía la única salvación frente al capitalismo.

de la protagonista. Luego llegan a Pore, donde se inicia de lleno la descripción de “lo otro”, del llano que los llaneros llaman “El Reino”, de ese paisaje hostil, acechante, deletéreo, donde abundan peligros de toda clase, desde la vegetación, pasando por animales, insectos, peces eléctricos, carnívoros —los mismos de *La vorágine*—, hasta los guahivos: indígenas “terribles y sanguinarios” más peligrosos que el tigre/jaguar que hacen “desmayar el corazón” de los viajeros (Correa,1867:36). Estas descripciones pormenorizadas del paisaje, de animales y de situaciones del llano empiezan a construir la figura de la muerte que siempre está al acecho en el espacio y en la mente de los viajeros y que Angélica va asumiendo poco a poco para sobreponerse a ella y vivir.

Durante su estancia en la selva del Casanare, encontramos varios episodios que narran cómo Angélica tiene que enfrentarse a muchas adversidades para conservar la vida, el honor, siendo muy significativo el enfrentamiento que tiene con una tropa de guahivos, del cual ella sale avante e identificándose como la “genio protector de Betoyes que no siente vacilar su corazón” (Correa,1867:44). Desde este acontecimiento vemos a una mujer capaz de empuñar las armas: de su genio, de fuego y filo, ella ejerce el poder en este paisaje salvaje, donde habitan indígenas pacíficos y ya “civilizados”, sometidos a la colonización violenta, cristianizados, que enaltecen a Angélica como la Blanca, que tiene algo de la misma divinidad, pero que no podemos identificar directamente con la imagen de la mujer virgen, pues su cuestionamiento de la existencia efectiva de la Providencia, la empieza a alejar de sus creencias ciegas, para emparentarla de lleno con el activismo, con la acción social comunitaria que le permite conservar lo que ella asume como su responsabilidad: mantener la vida sobre la muerte. Desde la propuesta de la autora, “Angélica es modelo de paciencia i caridad”, también le añadiríamos de autonomía para trascender el rezo, vestir una chaqueta a manera de uniforme y colgarse la tercerola: “Era la única que no mostraba ese terror espantoso que tenía como embargado el ánimo de sus compañeros” (Correa,1867:44).

Angélica persigue los indios, mata murciélagos, sana mutilados, cuida bebés y dispara, se ha transformado en la selva que representa sus ansias de libertad y de lucha por un objetivo que le une a su esposo: “la instauración de la República y la abolición del régimen colonial”. Así narra la novela la percepción de José sobre la carta que ella le envía en forma de parte militar:

Cuando José recibió la carta de su esposa, no podía comprender si dormía o si era una enajenación mental la que le producía tan extrañas ideas. Angélica, su

dulce i tierna compañera, la tímida joven que venía del reino, llena de temores i desconfianza, podía competir con el más valiente, sin que por esto hubiera dejado de ser tierna, sensible i amante (Correa, 1867:47).

Angélica es reconocida como el genio protector, pues reluce su capacidad para resolver los conflictos armónicamente, conciliando, evitando al máximo ejercer la violencia armada, y sobre todo ocupándose de restablecer el equilibrio luego de la batalla.

Veamos cómo el siguiente episodio de la obra nos narra el encuentro con su hermano Crisóstomo, en el cual reconocemos la presencia de la selva y el genio de Angélica en una nueva muestra de valentía cuando defiende a su hermano de los nativos, quienes al no reconocerlo se lanzan a matarlo, creyéndole un espía.

A las ocho de la mañana le ocurrió al joven salir a encontrar el asistente quien debía traer algunas provisiones. Los betoyes no conocían al hermano de Angélica, ignoraban que hubiere llegado alguien a casa de la *blanca*, i tomaron a Crisóstomo por un espía; nada se reflexionó, solamente se atendió a la venganza. Todo el pueblo gritó que debía morir, i multitud de cuchillos i machetes se levantaron contra el joven oficial, que, desarmado e indefenso, no podía luchar con tan crecido número i casi sucumbía sin lograr otra cosa que llevar esta furiosa turba a fuerza de empujones hacia el lado de la casa de su hermana; allí se proponía encontrar su arma.

Al saber Angélica el peligro que corría su hermano, salió de casa i se precipitó entre aquellas furias llenas de rabia; atravesó esa masa compacta de jentes que se disputaban la presa, i tomando a su hermano de un brazo lo haló tras sí i dijo a los que lo maltrataban: “¿Qué haceis? Es un patriota; es mi propio hermano ... (...) Nadie pensó en dudar de las palabras de la *blanca*, i todos admirados i arrepentidos de lo que habían hecho, se pusieron al servicio del oficial, quien habiendo perdido mucha sangre estaba débil i falto de fuerzas para andar, tenía que apoyarse en el brazo de su valerosa hermana (Correa,1867:49).

Después de este episodio Angélica se muestra como la viajera que modera el furor del pueblo, que los hace postrarse ante ella para guiarles los rezos a la providencia, asegurando su vida y la de su hijo; una colonizadora “republicana” que deja su recuerdo, su imagen y sus enseñanzas en cada pueblo que visita. La joven matrona viaja de nuevo dirigiéndose hacia Chire, donde se está concentrando el ejército de patriotas.

En este lugar del llano, Angélica se transforma otro poco y adquiere la característica que la va a convertir en una mujer diferente a sus contemporáneas literarias, pues no se limita a sus labores de madre, de enamorada sufrida o de enferma terminal encerrada en un espacio privado, sino que decide colaborar en la construcción de lanzas para los soldados, en la educación física de los patriotas enfilados, sin olvidar su condición femenina, simbolizada en la conservación de sus vestidos de mujer blanca y en la ternura con la que dirige las actividades. El episodio es significativo, pues esta viajera además de construir la metáfora de la muerte en su viaje, elabora la figura de una mujer nueva, que se atreve a ejercer el poder a su manera, diferente de como lo ejercen los hombres protagonistas de la historia. Ella desempeña labores que la sociedad ha instituido como propias de los hombres, sin que esto melle su identidad de mujer, pues al contrario, son elementos constitutivos de su formación como una rebelde que ama a su patria y decide por cuenta propia, al lado de su esposo, luchar por la liberación del yugo español.

A partir del capítulo noveno empieza la vida de Angélica en la selva, escondida de los peligros más graves para su vida: los guahivos y los españoles, y es en este espacio donde se nos muestra en toda su magnitud ese paisaje infernal que va a transformarla, ya no sólo en las labores que desempeña, sino física y mentalmente, consecuencia de innumerables fiebres y de la incertidumbre de la muerte que hace tambalear su fe en Dios y desconfiar de la protección de la Providencia. Es decir, en la selva las normas sociales no valen, pierden validez el dios y la ley, pues no están sus agentes vigilando que se respeten y sancionando las faltas cometidas. En la selva la ley, la diosa y la vigilancia son la naturaleza, en mil formas y cuerpos, a los cuales se enfrenta quien habite en ella.

Finalmente, Angélica hace un último desplazamiento significativo en medio de la selva, cuando cabalga sola y más fuerte que nunca para salvar a José de la muerte; con este episodio se sienta la figura de la viajera colona que establece su casa en Chire, donde recobra su fortaleza para hacer su último desplazamiento hacia Tunja donde, pasadas las guerras de independencia, establece su hogar para ver a su descendencia bajo el cobijo de una tradición femenina, pues es Angélica quien transmite oralmente las historias de heroínas a su nieta Eva.

Referencias a la época

En *Los emigrados*, la historia se sobrepone a la ficción, con base en ella se ficcionaliza y se sitúa tanto el precedente (*Advertencia* y prólogo) como la conclusión o cierre: apartes de la obra dirigidos al público lector. En este sentido son importantes las referencias que hace la obra a la vida de la Colombia del Siglo XIX para interpretar la cultura de la época y desde allí nuestra contemporaneidad. Cabe resaltar y detenerse en la labor militante de la mujer en las luchas de independencia, como opción de vida opuesta a la que proponía el régimen colonial que ofrecía a las mujeres la vida en el matrimonio o en el claustro, opciones que afirmaban el poder patriarcal y ataban a la mujer a la vida doméstica, religiosa y sumisa, humillada al lado de los hombres que tanto rechazo le generaban consecuencia de una educación alienante que separaba los sexos.

De entrada en *Los emigrados* podemos hallar referencia a la vida en Tunja, ciudad perteneciente a la región central o de la cordillera Oriental, compuesta por Santander, Boyacá, Tolima y Cundinamarca, donde estaban muy afianzadas las instituciones coloniales del matrimonio, de la iglesia, de la familia, y donde predominaban las haciendas agrícolas y ganaderas con mano de obra indígena. Posteriormente, con el viaje de Angélica y su vinculamiento, junto a José, con el ejército patriota, hallamos una referencia importante a la labor de la mujer en el proceso independentista donde fueron múltiples las mujeres que participaron de diversas maneras: desde las ilustradas, que alentaron las ideas liberales en sus tertulias hasta las “juanas o rabonas”, que caminaban (muchas de ellas con sus hijos) tras los ejércitos garantizando su alimentación, vestido y alojamiento, pasando por las que entregaron sus joyas y propiedades para los gastos de guerra, las que desarrollaron tareas de espionaje y sabotaje en las filas enemigas, hasta las que se disfrazaron de hombres para enfilarse en los ejércitos. Recordamos entonces a Manuela Sáenz, a Policarpa Salavarrieta.

Aunque no existen muchos documentos sobre la participación de estas mujeres, se resalta la labor de Evangelina Tamayo, nacida en Tunja, quien peleó en la batalla de Boyacá en 1819. ¿Existirá alguna relación con Evanjelista Correa, que en los índices bibliográficos es conocida como Evangelina? Es obvio que la documentación sea poca, pues aunque pintores como José María Espinoza, las plasman en sus obras y el militar Joaquín Posada dedica unas palabras a la actividad de estas mujeres voluntarias, ellas en general eran mal vistas, despreciadas y tachadas de seres extraños, pues se salían del orden establecido para las mujeres

de la época. Además nunca contaron con el reconocimiento de honores, sueldo o alimentación por parte del Estado.

A manera de conclusión de este aparte, que responde a la invitación hecha en la novela en su final, citaré el párrafo que ha inspirado este corto texto sobre la labor de la mujer en las campañas independentistas:

(...) ¡I Gloria a vosotras, nobles i generosas mujeres, que como Angélica supisteis sacrificar el amor y la felicidad con las vidas de vuestros esposos en aras de la patria! (Correa, 1867:108).

Si la primera mirada es la que vale...

La autora de *Los emigrados*, propone una relación conciliadora entre hombres y mujeres, con el fin de romper con la educación viciada de la Colonia que insistía en separarlos y hacer crecer un rechazo entre ellos, para después unirlos en “santo matrimonio” sin que los jóvenes prometidos tuvieran la oportunidad de conocerse, pues esta institución social y religiosa tenía por objetivo conservar el núcleo blanco⁵ a través de matrimonios arreglados. En esta perspectiva la autora resalta que siempre las relaciones de pareja se daban en desigualdad, que la mujer era humillada y sometida por su esposo, merced de la falta de amor y comprensión. Por esta razón el matrimonio entre José y Angélica es importante en la narración, pues aunque ellos se casan respondiendo a las órdenes de sus padres, “el destino o la Providencia” hacen que primero ocurra un “amor a primera vista” para que José, aprovechando la oportunidad de la carta imprecisa que había mandado su padre a doña Josefa, pida la mano de Angélica y no la de Francisca como quería el señor Ventura.

Desde esta unión la propuesta es clara: son valederos los matrimonios siempre y cuando exista el afecto, la comprensión y la igualdad entre hombre y mujer; sin embargo, se continúa respondiendo a ciertos aires conservadores, donde importa mucho la pureza de la mujer: Angélica aparece tantas veces como la mujer María y siempre conserva su estatus de blanca, que tiene a su servicio mujeres indígenas. Es explícita la diferenciación epocal que hace la autora entre las actitudes del pasado (refiriéndose a 1809 año en que se casa Angélica) y las del presente (refiriéndose a 1867 año de la publicación de la novela o de su contem-

5 El núcleo blanco formado por el cruce mestizo y criollo, que estaba determinado por características de parentesco, poder económico, político y origen.

poraneidad), en las que rescata y toma partido por las pasadas, donde “el amor era puro o verdadero”, pues al estar la mujer encerrada sin establecer muchas relaciones sociales, podía brindar un afecto sincero, lleno de pasiones irresistibles, diferente de ese presente donde el amor se finge, no se siente y la pasión es pura palabrería. Este es su punto para proponer una solución a las enfermedades sociales que rayan en los excesos, pues en el pasado había demasiados corazones atormentados en los claustros y en el presente ya no hay ninguno. Como efecto de alivianar las penas en la socialización, “el amor sincero” se ha desvanecido.

La educación como propuesta

Haciendo una lectura detenida de los apartes de la novela que he denominado **C**, en los que la autora hace sus propuestas en torno a la educación de hombres y mujeres, luego de reflexionar las situaciones, es posible decir que es en estos párrafos donde la autora sitúa su mirada de mujer, proponiendo ante todo una educación anclada a los valores morales cristianos, pero sin la opresión total del claustro, donde la mujer tenga libertad “*pero no hasta el punto de abandonarla a sus caprichos*” (obviamente refiriéndose a las mujeres mestizas y/o blancas), y el hombre igualmente libre, independiente, soberano, pero no hasta el punto de convertirlo en el tirano de la mujer, ni de permitirle que *la convierta en un juguete con que quitar, por momentos, el fastidio de su vida* (Correa, 1867:21).

Aunada a esta propuesta ella presenta una mujer que sueña, que escribe, que desempeña otras labores diferentes a la maternidad y al hábito religioso. Una mujer que a pesar de conservar su clase y ser diferente de las indígenas, vive en armonía con su esposo sin ser humillada por su actitud diferente hacia la vida. Sin embargo, en la novela no se propone una igualdad social, y se deja ver que la República continuó con esta diferenciación regida por el color de la piel, el vestido y el parentesco. De todas maneras, prevalece cierta ambigüedad respecto a este punto, pues el enaltecimiento que se hace al final de la novela de las mujeres patriotas, incluye a mujeres de diferentes razas que colaboraron en el proceso de independencia, como lo he citado anteriormente.

No se puede olvidar que la novela fue publicada en un periódico de la época, esos que dirigía Soledad Acosta de Samper con su familia, y que relacionar el contenido de *Los emigrados* con el contexto cultural hace de nuevo emerger el texto en una tradición literaria vertical, pues Evanjelista Correa, hija de próceres

y viuda de mártir, está denunciando con su obra el abandono vivido por muchas familias luego de la muerte de sus hombres en las batallas, está además dándole importancia a un tipo de mujer rebelde que será recordada por su vida y no por su deceso. Al quedar Angélica viva se da prioridad a la tradición femenina en las familias sin hombres, donde las mujeres se las ingenian para convivir a diario en medio de la pobreza y nos da luces para ver más de cerca la vida de las familias de hoy que son erigidas sobre tradiciones y educaciones de mujeres... Vale la pena detenerse para interpretar estas nuevas relaciones entre las colombianas y su injerencia en la construcción de nación y de identidad nacional, donde se rechaza el conflicto armado como única opción para conseguir la paz social, que alude al bienestar y dignidad de vida de las personas pertenecientes a las capas sociales menos favorecidas económicamente.

Sacar esta novela de su lugar en la biblioteca en “manuscritos raros”, significa traer unos pasados hechos hasta la contemporaneidad, abriendo nuevas perspectivas de lectura, tanto de lo histórico como de lo presente, pues es posible releer, reinterpretar o interpretar de manera más interesante lo ocurrido en torno a la construcción de identidad, de historia, nación, en tanto se consideran unos hechos y unas voces desconocidas, las cuales afortunadamente nos permiten el beneficio de la duda sobre lo que históricamente se ha pretendido instaurar para conservar una homogeneidad social, política, sexual y cultural.

En *Los emigrados* el cuestionamiento va desde la génesis de las dinámicas de construcción social. Propone una campaña independentista desde la cotidianidad misma, que pasa por el campo de batalla, para dar lugar a los enfrentamientos en territorios más complejos, como son las visiones de mundo arraigadas a lo más profundo de la psicología humana. Por esta razón Angélica desdice de la providencia, del hombre como única figura de protección y de su comodidad de clase como única alternativa de bienestar.

La mirada de mujer permea a la autora, la protagonista, la voz narrativa, cada una se deja leer desde una escritura, unas anécdotas, un discurso nacido durante el viaje que se realiza. Angélica es una viajera intrépida que conecta mundos, en ellos vive procesos de concienciación, de reflexión sobre los roles desempeñados por asignación y convencionalismos, experimenta la otredad, lo inesperado que le transforma y le permite trascender de manera peculiar en su época, en la literatura, en la historia de numerosas viajeras que por diferentes motivos emprendieron aventuras, viviendo en ellas una liberación, un encuentro consigo mismas.

Bibliografía consultada y recomendada

A.A.V.V, *Las mujeres en la historia de Colombia*. Tomos I, II y III. Directora Velásquez Toro, Magdala. Bogotá: Editorial Norma, 1995.

CORREA DE RINCÓN SOLER, Evangelista. *Los emigrados*. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas, 1869.

JARAMILLO, María Mercedes, Robledo, Ángela Inés, Rodríguez, Arenas Flor María, *¿Y las mujeres?: Ensayos sobre literatura colombiana*. Medellín: Editorial Atraparte. Universidad de Antioquia, 1991.

LAGARDE, Marcela. *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. Coahuacán: Universidad Nacional Autónoma de México. 1990-2003.

MARTÍNEZ, Fabio. *El viajero y la memoria*. Medellín: Editorial universidad Pontificia Bolivariana, 2000.

MORATÓ, Cristina. *Viajeras intrépidas y aventureras*. Prólogo de Manu Leguineche. Barcelona: Plaza y Janés, 2001

NAVIA VELASCO, Carmiña. *Guerra y paz en Colombia. Miradas de mujer*. Cali: Editorial Universidad del Valle, Colección La tejedora, 2003.

RICOEUR, Paul. *Tiempo y narración I*. México: Editorial Siglo XXI, 1995.

ROJAS, Cristina. *Civilización y violencia: La búsqueda de la identidad en la Colombia del Siglo XIX*. Bogotá: Editorial Norma, 2000.

Sitios Web

KUPCHIK, Christian. “Tan lejos, tan cerca (Mujeres viajeras)”. Publicado originalmente en *Insomnia*, 13. (Versión en línea).

VIDALES, Carlos. “Escritoras y periodistas colombianas en el Siglo XIX”. www.boletinbancolarepublica.com

“Las Juntas Autonomistas de 1810. La Primera República Granadina y La Reconquista Española. Batalla de Boyacá y conformación de la Junta suprema de Santa Fé de Bogotá 1810. Revolución en la Nueva Granada. Campaña de Casanare”, www.aldeaeducativa.com